

**Fecha:** 06/09/1991

**Título:** Presencia real

**Contenido:**

El último libro de George Steiner, *Real presences (Presencias reales)*, es un elocuente indicador de lo enloquecida que anda la brújula cultural en nuestra época: fue concebido como un libro transgresor y heterodoxo, para desafiar las ideas establecidas sobre la creación artística, y se ha vuelto un *best-seller*, unánimemente celebrado en el mundo occidental.

La culpa la tiene Francia, inigualable en entronizar modas y mandarines culturales, propios o ajenos, donde el libro, luego de una brillante entrevista a Steiner en la televisión (la brillantez y el talento no tienen por qué coincidir, pero en su caso sí van de la mano) pasó a ser el tema del día y agotarse en las librerías. En Inglaterra el éxito ha sido más lento pero no menos firme y ninguna de las reseñas que he leído -del obispo de Durham a las páginas progresistas del *New Statesman*- ha puesto en duda ni la solidez de su argumentación ni la fuerza de sus conclusiones.

¿Qué pensará de esto el propio Steiner? En vez del destino de libro maldito que esperaba para él ("Sé que esta formulación será inaceptable no sólo para la mayor parte de aquéllos que leen un libro como éste, también para el clima de pensamiento y sentimiento que prevalece en nuestra cultura", afirma en el último capítulo), *Real presences* sólo recibe aplausos. Ninguna oposición. Ningún rechazo. Es algo que debe dejarle un cierto mal gusto en la boca, pues su ensayo fue escrito para provocar la controversia, un debate intelectual sobre temas trascendentes, no para quemarse dulcemente entre los fuegos fatuos del lucimiento y la publicidad. Pero, por lo visto, no hay escapatoria. En materia intelectual, lo que nuestro tiempo no entierra, lo frivoliza.

Esta es la comprobación que sirve de punto de partida a la reflexión de Steiner: la literatura, las artes plásticas y la música se han vaciado de sentido en nuestra época, porque los intérpretes y teorizadores -que han sustituido a los creadores como protagonistas del quehacer intelectual y artístico- las han desnaturalizado, con lecturas, reducciones y abstracciones que las volvieron fantasmas de sí mismas. Los comentaristas han llegado a persuadirnos de que la razón de ser de un libro como el *Quijote* es introducir variantes y temblores en una cierta tradición de estructuras formales y de que la única aproximación crítica posible a Kafka y a Joyce consiste en leer esos cuentos y novelas en términos exclusivos de la intertextualidad.

Esta es la parte menos polémica del libro, me parece. Es cierto que vivimos una "cultura del comentario", de lo "parásito", en lo que Steiner llama "la era del epílogo". La crítica ha olvidado su función, la de "servir", facilitando la comprensión y revelando la complejidad y sutileza de la obra de arte al lector, espectador u oyente y, como el genio de la lámpara maravillosa, ha esclavizado a su amo, sometiéndolo a sus caprichos. Las críticas de Steiner a las grandes doctrinas totalizadoras -el psicoanálisis, el estructuralismo, las teorías desconstruccionistas de Derrida y Paul de Man- son penetrantes, a veces feroces, y con chispazos de humor, como el cotejo que hace de la división triangular de la psique freudiana con la tradicional casa burguesa de tres pisos: sótano, sala de estar y dormitorios. La pretensión de todas ellas de explicar científicamente la obra de arte le parece arrogante y condenada al fracaso.

Porque la obra de arte -poema, novela, escultura, cuadro, sinfonía- no se puede "explicar". Por lo menos, no como la ciencia explica un mineral o una enfermedad: describiéndolos

objetivamente, con datos que prescinden de la sensibilidad y fantasía individuales. Un gran crítico puede explicarse a sí mismo -o a sus contemporáneos y a su sociedad- a través de los poemas o las pinturas que estudia. O puede enriquecer la lectura y apreciación de una obra de arte, gracias a la investigación histórica, filológica, sociológica, etcétera, que fijen el texto y revelen su contexto y establezcan sus múltiples conexiones. O puede usar la literatura, la música o las artes plásticas existentes para, partiendo de ellas, elaborar algo nuevo como lo hicieron Joyce con Homero y Picasso con Goya y Velázquez. Estas opciones de la crítica han producido algunos pilares de la cultura de nuestro siglo, desde el doctor Johnson hasta Walter Benjamin y Adorno, pasando por Sainte-Beuve, Johan Huizinga, Matthew Arnold o Edmond Wilson (y en nuestra lengua a un Borges, un Dámaso Alonso y un Octavio Paz).

Pero -dice Steiner- ningún "comentario" puede agotar la infinita urdimbre, la maraña de referencias, asociaciones y significados -lingüísticos, emotivos, filosóficos, éticos, teológicos, históricos- que contienen *La tempestad* de Shakespeare, *La ronda nocturna* de Rembrandt o el *Don Giovanni* de Mozart y explicarnos estas obras de manera estable e irreversible. Porque en toda obra de arte lograda hay un elemento último, esquivo al análisis racional, que nuestra época ha enturbiado y se empeña en no reconocer. La pérdida del "sentido" en las obras de arte es la culminación de una larga historia. Comienza con la muerte de Dios, decretada por la filosofía. Sigue con la del hombre. Y, por último, con la del "contenido" en la literatura y las artes. El resultado es la Torre de Babel que habitamos. Han desaparecido los viejos consensos y ya no hay casi manera de diferenciar al genio del impostor, a la genuina creación de la superchería y el fraude.

La demolición de las certidumbres empezó, según Steiner, con Mallarmé y Rimbaud. Esto parece arbitrario. ¿Por qué no Baudelaire y Flaubert, por ejemplo? Ambos son figuras tan centrales como aquellos en la forja de la sensibilidad moderna. Aquel cortó el cordón umbilical, que parecía irrompible, entre el lenguaje y el mundo, revelando la naturaleza autónoma de las palabras, su capacidad de emanciparse de su referente y tener una vida propia, autosuficiente. Rimbaud, por su parte, con su famosa afirmación: *Je est un autre* ("Yo es otro") inició el proceso de disolución de la identidad y de lo humano que, con el tiempo, llevaría a Sartre a negar la naturaleza humana y a Foucault a afirmar la existencia del hombre, el que sería, como el género para cierto feminismo, una mera creación cultural.

En realidad -dice Steiner- todas las teorías que pretenden explicar la creación, sean sutiles como en Freud, artificiosas como en Derrida o banales como en el marxismo, escamotean lo esencial: aquella "presencia real", que, leyendo a Proust, contemplando la *Pietà* de Miguel Ángel o escuchando el *Moisés y Aarón* de Schonberg, dentro del hechizo y maravilla-miento que estas experiencias estéticas nos hacen vivir, nos arranca de nuestro mundo y nos pone en contacto con otro, ajeno a la contingencia y lo inmanente, que la razón no llega nunca a entender, sólo la fe. El sentido profundo de toda obra de arte lo da Dios, la búsqueda o el miedo o la adivinación e incluso el odio de ese supremo creador con mayúsculas del que todo creador con minúsculas -poeta, novelista, músico, pintor o escultor- es una mínima (a veces genialmente mínima) versión.

"Hay creación estética porque hubo creación", dice Steiner. Hay construcción formal porque fuimos hechos forma. Crear es oscuramente imitar el primer fiat, ese acto fundador del tiempo, de la vida, de la historia, en que de la nada surgió el ser, del vacío el espacio, los astros, la casualidad. Esa "humedad última" del texto literario, que, cuando yo era estudiante, don Dámaso Alonso y sus discípulos nos enseñaban a cernir auscultando con lupa los resquicios del lenguaje, es inaprensible, un pequeño "Big Bang" metafísico con el que el poeta y el artista

intentan reproducir aquella trayectoria de la que resultaron ellos y lo que los rodea, es decir, el intento de "dar un salto absoluto fuera de la nada e inventar una manera de enunciar tan nueva, tan propia a su inventor que, de manera literal, volverá anacrónico todo el mundo que lo precedió".

En las páginas más indóciles del libro, Steiner desliza una explicación del escaso número de creadores mayores, sobre todo en las artes plásticas y en la **música**, lo que curiosamente no parece haber (...) hasta ahora a las feministas. El hecho de que la mujer experimente en su propio cuerpo el fenómeno de la reproducción de la vida, ser escenario de la reproducción habría mermado en ella ese impulso creador tan activo en el hombre, para quien el acto de la gestación y alumbramiento es remoto, inconcebible, e incapaz por tanto de moderar o saciar el hambre por de absoluta trascendencia -el vacío del ser- del que nace la voluntad de creación.

Sin que ello signifique restar mérito a esta obra ni a su autor, de quien se puede decir que es uno de los más versados y versátiles críticos de nuestro tiempo. Steiner se mueve con igual desenvoltura por todas las llamadas ciencias humanas, de la filosofía a la lingüística, y su curiosidad literaria abarca desde los clásicos griegos hasta Beckett y Borges, pasando por Tolstoi y Dostoievski, sobre quienes ha escrito un hermoso libro -conviene recordar que la tesis de la naturaleza religiosa de la literatura y el arte está lejos de ser novedosa. Su robusta tradición fue enriquecida hace apenas unas décadas por pensadores tan sugestivos como T. S. Eliot y Johan Huizinga. Pero es verdad que un libro como *Real presences* hace apenas veinte años hubiera sido inimaginable haber sido escrito, en vez de una cálida bienvenida, habría merecido ataques (...) o sonrisas irónicas: Dios está pasado de moda y habría sido relegado al desván de las antiguallas.

No hay duda de que ahora sale detractismo y asoma, por aquí u por allá, no sólo en los países en los que el desplome de las ideologías ha originado un tremendo renacimiento religioso; también en la vida cultural de Occidente, donde el excesivo caos reinante -verborrea gráfica, experimentalismo frenético, vaciedad, solipsismo artístico, galimatías, niebla en lo referente a los valores- está generando una nostalgia por ese algo que, como se comprueba leyendo este ensayo de Steiner, la presencia divina sintetiza en la vida y en el arte.

A mí la tesis central de *Real presences* me deja algo escéptico. He leído el libro con entusiasmo, seducido por la inteligencia de Steiner y la solidez de sus ideas; pero, al final, me ha quedado en el ánimo la sensación de haber asistido al parto de los montes. Que la creación estética sea manifestación prodigada de ese vacío ontológico, que lleve a los hombres a creer en Dios y fundar religiones es algo en lo que cualquiera que sea un dogmático puede convenir. Es una generalidad tan grande, un denominador tan vago que, a fin de cuentas, aclara gran cosa sobre la cegadora ansiedad que existe en el seno de cada acto artístico, sobre los abismos que aíslan las obras de arte entre sí.

Es probablemente cierto que para una minoría de seres humanos que son creadores o consumidores han hecho de la literatura y las artes una necesidad en la que el quehacer artístico represente algo equivalente a lo que se entiende por experiencia religiosa, una manera de escapar de la servidumbre de la cronología y lo material, de alcanzar una forma de plenitud y vivir intensamente lo espiritual. Pero que aquel quehacer sea un epifenómeno sentimental o religioso, que siempre sea testimonio de la búsqueda o el encuentro con Dios no me parece demostrable. "No conozco creador alguno que sea un destrucccionista", dice Steiner, a la vez que asegura que toda gran creación artística "se inspira en la religión o se rebela contra ella". Hay abundantes ejemplos que contradicen esta afirmación. Entre otros, un autor al que

Steiner admira tanto como yo: Flaubert. Las novelas que describen empecinadamente este mundo y sus rasgos más singulares es que es gracias a ese arte 'materialista', que el autor de *Madame Bovary* perfeccionó como nadie, Dios y los asuntos religiosos se edifican de contenido trascendente y se vuelven terrenales, casi objetos. El mundo que Flaubert creó puede ser llamado muchas cosas, pero no religioso.

Sin embargo, aunque discrepo de Steiner en este punto, tiendo a dar la razón a Steiner cuando supone que hablar de una "cultura laicista" es una ingenuidad o un disparate. No soy creyente y me hallo muy consciente de los estropicios que han causado las religiones en la historia, de su contribución a la intolerancia, el dogmatismo, las censuras y los muros que han levantado - unas más, otras menos, pero ni el benigno budismo escapa a la regla- (...) la libertad humana. Ahora bien, sin ellas, la historia de la humanidad hubiera sido sin duda peor, un aquelarre de salvajismo y violencias de los que tal vez hubieran precipitado la extinción de la vida sobre el planeta. Con todo el alto precio que ha significado, la religión ha sido la institución que más ha servido para acercarse a ese inalcanzable fin: amortiguar la bestialidad primaria, el instinto destructor que anida en el fondo de la especie. Sólo una minoría insignificante de seres humanos podría sustituir la religión por una filosofía o moral laicas y encontrar en éstas el sustento espiritual que permite vivir y morir en la ciudad de manera medianamente responsable. De otro lado, una cultura laicista sería tan ciega y sorda para dentro de la tradición y el contexto cultural de los pueblos que nos movemos -gran parte de los cuales son incomprensibles disociados de sus creencias y unas prácticas religiosas que sin duda nos retrocedería a un estadio primario de barbarie, algo no muy lejano de lo sucedido en China durante la Revolución Cultural. Como escribió Steiner en *Lenguaje y silencio*, el siglo veinte ha demostrado con el estalinismo y el nazismo, porque "las humanidades no humanizan".

Los dos intentos más osados para emancipar al hombre de Dios y de la religión -la revolución francesa de 1789 y la rusa de 1917- son suficientemente instructivos para no insistir una tercera vez. Esta vez, para su bien o para su mal, la mayoría de los hombres no puede vivir sin esa "presencia real" y que, sin ésta, libraría la comunidad a la sola diosa razón, las iniquidades y los crímenes, en lugar de amainar, arrecian y se multiplican. La experiencia histórica aconseja pues tomar en eso sí las precauciones del caso para que no se enciendan de nuevo las piras ni se le dé a la religión un derecho de ciudadanía por razones de ética y de estética.

**Londres, agosto de 1991**